

ECONOMÍA

¿Exige el cambio climático una nueva forma de medir la economía?

M. G. MAYO

13 DIC. 2019 - 00:49



CONTHANZO/ EXPANSIÓN

Algunos científicos han pedido un cambio en el modelo productivo y en la forma de medir la economía para combatir el cambio climático.

Hace unas semanas, más de 11.000 científicos de 153 países pusieron sobre la mesa, en un artículo en la revista BioScience, una batería de medidas para luchar contra el cambio climático y "evitar un incalculable sufrimiento humano". Hablaban de seis vías sobre las que afrontar este reto. Una de ellas, la económica, plantea un gran giro: más allá de reducir la dependencia de los combustibles fósiles, piden cambiar el enfoque económico que persigue el crecimiento y se mide a partir del indicador "producto interior bruto" (PIB).

ÚLTIMA HORA

- 09:51 **Los precios del avión suben un 3,6% en el tercer trimestre, su mayor alza...**
- 09:24 **Mapfre pincha en el Ibex por el impacto de los tifones y los disturbios**
- 09:12 **Botín compra otros tres millones de acciones de Santander por más de 12...**

PUBLICIDAD

inRead invented by Teads

Los organismos económicos internacionales también han puesto en su agenda la necesidad de un futuro más verde. En la reunión anual del FMI del pasado octubre, el cambio climático estaba en las conversaciones, por ejemplo. Los banqueros centrales asimismo han tomado nota. La recién nombrada presidenta del BCE, **Christine Lagarde** [<https://www.expansion.com/mercados/2019/12/03/5de58019468aeb256b8b46c9.html>], en su primera comparecencia ante el Parlamento Europeo aseguró que tiene la intención de que se incluya "una reflexión sobre el cambio climático con el objetivo de determinar qué rol puede jugar el BCE".

Algo está cambiando. La sostenibilidad ha entrado de lleno en los análisis de los economistas, en la gestión de las empresas y de los organismos internacionales. Los anuncios de los últimos días de las grandes corporaciones, durante la COP25 en Madrid, no son más que un ejemplo.

¿Qué opinan los expertos? **Verónica López Sabater**, consultora del área de Economía Aplicada de Afi, es muy tajante: "No se puede cambiar el modelo productivo. Se debe". Y asegura que "el modelo de producción y consumo actual, lineal, no es sostenible. Una economía circular es aquella en la que los productos y los materiales que contienen son muy valorados, en contraposición con el modelo tradicional de economía lineal. La transformación del conjunto de la economía desde un enfoque lineal a uno circular requiere de grandes inversiones, especialmente en las fases de diseño y producción".

Es cierto que en los últimos meses se ha notado un cambio de estrategia. Cada vez bancos y empresas apuestan por las emisiones de bonos "verdes" y casi todas las compañías están tomando alguna decisión en este ámbito. Aunque también lo es que algunos expertos alertan de que puede convertirse en sólo una "moda".

Elvira Carles, directora de la Fundación Privada Empresa & Clima destaca que "los emprendedores nuevos, las empresas de nueva creación, muchas de ellas ya nacen con la concesión de la circularidad, pero las compañías de hace años que operan tienen unas dinámicas diferentes y cuesta mucho su adaptación. No obstante, podemos ser optimistas porque cada vez hay más empresas que están rediseñando productos y procesos para buscar una mayor circularidad de su economía".

Pero este reciente 'boom' no significa que estemos a las puertas de una gran revolución. Hay muchos matices y también muchos obstáculos.

Raymond Torres, director de Coyuntura y Economía Internacional de Funcas, destaca tres dificultades. En primer lugar, asegura que es complicado que actúe con éxito un país por sí solo. Depende mucho de los acuerdos internacionales y ahí existe mucha división. Los mayores países contaminantes se descuelgan de estos pactos y los países en desarrollo han pedido comprensión porque han comenzado mucho más tarde a contaminar. Prueba de ello son las tensiones en las negociaciones de la COP25 por la disparidad de los países sobre el ritmo de su ambición climática.

En segundo lugar, "existen tensiones entre los objetivos económicos: muchos de ellos implican elevar costes, realizar un gran sacrificio. Ahí está el ejemplo de los chalecos amarillos en Francia por la propuesta de la subida de

EL MUNDO

crecer por la vía de la opinión pública", explica Torres.

Y, por último, también hay que tener en cuenta los costes de transición, por ejemplo, con la posible destrucción de empleo. "Poco a pocos se desarrollan tecnologías alternativas, pero no se ha solventado qué recursos requerirá la transición de un modelo a otro", añade.

El economista José García Montalvo, que recientemente ha recibido el Premio Jaime I, recuerda la tesis de William Nordhaus, el premio Nobel de economía 2018, que ha abogado por una solución que está muy en línea con el principio de quien contamina paga. "El mercado de emisiones de CO2 pretendía justamente conseguir el objetivo de reducir las emisiones a base de encarecer los productos con procesos de fabricación que provocaran muchas emisiones. El problema es que los precios que se fijan en ese mercado son demasiado bajos para conseguir la contención de las emisiones a los niveles necesarios. En lugar de 10 o 15 dólares se deberían pagar entre 40 y 60 dólares la tonelada. La concienciación social sobre la importancia de este problema y la reacción de los consumidores y su efecto sobre la cuenta de resultados de las empresas será el mejor incentivo. De todas formas hay que pensar que la transición debe hacerse a un ritmo adecuado que no hunda sectores enteros sin tener alternativas viables", indica.

Respecto a la parte metodológica de cómo medir la economía, la mayoría de economistas reconocen que el PIB es un indicador antiguo (tienen su origen en la Gran Depresión) y muy limitado. García Montalvo explica que "es cierto que el PIB es un indicador de otra época. La contabilidad nacional actual proviene de mitad del siglo pasado y tiene deficiencias bien conocidas".

Ernest Reig, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia, explica que el PIB no fue concebido para medir el bienestar. "Sólo presenta atención a las transacciones a través del mercado, no tiene reflejo del valor social, de las externalidades. Por ejemplo, del bienestar público o del impacto de la contaminación".

David Pilling, editor para África del diario Financial Times, calcula que alrededor del 80% de nuestras economías consisten en servicios en cuya medición el PIB resulta totalmente inadecuado.

Verónica López Sabater destaca que "hay indicadores complementarios al PIB, como el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas o, como recientemente ha anunciado la Primera ministra de Nueva Zelanda, otras formas de medir el bienestar de los neozelandeses a través de parámetros que estiman los estándares de vida como el medio ambiente, la vivienda, los ingresos, el consumo, la educación o la identidad cultural".

Carmen Herrero, profesora emérita de la Universidad de Alicante e investigadora del IVIE, reconoce que el indicador de la ONU es más amplio que el PIB e incluye otras variables como salud o educación, aunque no tiene en cuenta la estructura población, el potencial de vida. Ella destaca, por otro lado, la apuesta de Ecuador, en cuya Constitución se hace referencia al respeto de los Derechos de la Naturaleza.

El debate metodológico existe, pero la salida no está clara. Para Torres el problema surge a elegir o crear otro indicador como baremo del progreso o en completar el PIB. "Hay acuerdo sobre que hay que hacer cambio, pero no sobre el cómo hacerlo", indica.

Todos los expertos hablan de falta de consenso en este campo. Al igual que sobre el rediseño de modelo productivo. Herrero destaca la limitación en las miras de los políticos. "Piensan en el corto plazo y en los intereses nacionales. Pero lo cierto es que el Planeta no tiene fronteras", concluye. Ernest Roig indica: "sigue haciendo falta un crecimiento económico, pero más sostenible".

RELACIONADOS